

La cascada de monedas de oro.

Risueño y Piel Curtida comentaban la situación actual de los jóvenes, sin acceso al trabajo, ni a la vivienda incluso aunque tuvieran trabajo, algo desesperante, humillante, con un 50% de paro juvenil y el precio de la vivienda inflado por la especulación salvaje y no limitada en este caso, como debería hacerse según la Constitución, ya que se trata de un bien esencial que debe estar protegido, cuando Risueño contó la siguiente anécdota.

Corrían los años 80, cuando aún no había ordenadores personales, pero ya había máquinas de matar marcianos en los bares. Risueño y su amigo Carlos, estudiantes en la enseñanza media, bien antes de ir a clase, iban a nocturno, bien cuando hacían pellas, o los fines de semana, acudían a un bar del barrio a hacer esto, matar marcianos. Eran expertos jugadores de aquellas máquinas infernales.

La cosa es que, junto a la máquina citada, había otra que era en esencia una máquina tragaperras, pero más sofisticada y divertida, que permitía algo de juego, algo de habilidad. Se trataba de una cascada de dos escalones en movimiento de vaivén en la que se echaban duros, monedas de cinco pesetas, y se trataba de hacer caer una cantidad mayor de estas monedas, lo que constituía el premio. Por supuesto, tal máquina tenía un sistema de falta para evitar la trampa de sacudirla que, en caso de movimiento, giraba una plancha y las monedas caídas no salían al exterior, sino que iban a parar a su hucha.

Tanto Risueño como Carlos habían echado algunas monedas en la cascada, pero Carlos se abstenía de hacerlo

por algún tiempo, esperaba a que las condiciones fueran favorables.

Y el día llegó. La plataforma inferior de la máquina estaba muy llena de duros. Procedió con astucia. La cascada tenía tres ranuras distintas por las que introducir las monedas, y Carlos fue echando por una y otras juntando una gran cantidad de duros a punto de caer.

En un momento, Risueño le dijo que echando por determinada ranura haría caer un buen montón, pero Carlos le dijo que no, que iba a por todo, y siguió echando por las otras dos.

Llegó el momento. Todo el ancho de la cascada estaba a rebosar de monedas a punto de caer, debía haber más de 500 pesetas en el premio. Carlos iba a echar el duro definitivo, pero...

La máquina era doble, es decir, había dos cascadas independientes en el mismo armario, de modo que permitía dos jugadores simultáneos. Un hombre adulto había comenzado hacía un momento a echar monedas en la otra cascada. De repente, en enfado fingido, dio un puñetazo a la máquina retirándose del juego. La máquina hizo falta y todo el montonazo de monedas de Carlos cayó a la hucha, perdiéndose irremediabilmente.

Carlos no podía creer lo que había pasado. Se volvió al hombre y, muy cabreado, le reclamó 200 pesetas en concepto de indemnización, pero este hombre se hizo el estúpido y rechazó todo arreglo por su parte. Entonces, Carlos reclamó al barman, quien hizo caso omiso.

Nuestro amigo salió del bar con un cabreo espantoso, seguido de Risueño, quién estalló en una tremenda carcajada, lo que irritó a Carlos sobre manera en principio, pero le relajó al momento siguiente, riendo también, sin ganas, y sin abandonar su fastidio.

Risueño explicó en el programa que por años había pensado que este hombre simplemente era estúpido. Sin embargo, al pasar el tiempo y recordar su juventud, se fue dando cuenta de la malicia de esta sociedad para con los jóvenes, no en igual medida con las jóvenes, a quienes se acosa menos. Tantas quejas, tantas denuncias, incluso la provocación de accidentes muy peligrosos en claro odio a este sector de la población. El hombre lo hizo a propósito, sin duda, lo cual no deja de ser estúpido.

La razón de este odio a los jóvenes está en la condición de miseria general del ser humano. Cuando se entra en el colegio, se hace una primera claudicación sometándose a la autoridad de lxs maestrxs. Sin embargo, esto no es definitivo. Para acceder al trabajo se requiere una segunda claudicación que supone la adopción de la prostitución como forma de vida.

Bien, cuando se es joven aún no se ha claudicado de modo definitivo, y lxs adultxs que ya se prostituyen vuelcan la ira de esta condición sobre tales personas como desahogo. Es una cuestión de justicia.

Jesús Estrada, en junio de 2014. www.nuevaera.info